



EL ZÍNGARO.

“**H**AY calderas que componer?... sartenes y cazos que componer!... Señor marqués, quereis que componga vuestras calderas?... Señora condesita, dadme á componer vuestras calderas.”

Así se espresaba un gitanillo de edad de diez años cuando mas, de rostro pálido é interesante aunque tiznado, dirigiéndose á un señor vestido de negro, y á una linda señorita que se hallaban en el umbral de la puerta de una casa situada en la plaza del Mercado de Nápoles. Estas dos personas aguardaban á alguno.

—“Papá, Carlos no viene: qué estará haciendo?”

—Voy á verlo; espérame aquí, Annociata, respondió su padre desapareciendo por el corredor de la casa.

De repente el sonido de una voz que oyó cerca de ella cambió la expresion de tristeza que revelaba su rostro.

Era la voz del caldererillo, que volvía á empezar con su tono particular: «señora princesita, teneis alguna sarten, algun cazo ó alguna caldera que componer?

—Es el *zingarello*, exclamó la niña acercándose amistosamente al pobre chico: ola! buenos días, Antonio; cómo estás?

—Cuánto habeis crecido, Annonciata! no os conocia, respondió el chico, mirándola con alegres ojos.

—Ya tengo ocho años, respondió Annonciata poniéndose sobre la punta de los pies para parecer mas alta; ya debo ser de tu estatura; vamos á medirnos!

Y la linda muchacha midió con la vista la altura de la cabeza de Antonio, y como todavía le llevaba mucho, dijo con desprecio:

—«Oh! aun eres mas alto que yo! por mas que quiero crecer, nunca puedo ser tan alta como tú.

—Consiste esto en que yo crezco al mismo tiempo que vos.

—Antonio, por qué me hablas de vos este año?

—Porque.... á fé mia.... no sé por qué, respondió Antonio tartamudeando.

—Entonces háblame de tú, porque me gusta mas.... A propósito, Antonio; qué has hecho que no te he visto ha mas de un año?

—Me he ocupado en viajar con el amo, dijo Antonio con voz triste; hemos ido á Roma, á Venecia y á Palermo.

—Cómo dices esto! cualquiera diría que no te gusta viajar.

—Oh no! muy al contrario; pero como en todo este tiempo no te he visto!... dijo Antonio con sencillez.

—Lo has sentido, no es verdad? repuso la niña con igual candor; tambien yo, es decir los primeros dias, porque no quiero mentir, pobre Antonio, te he olvidado.

—Eso es malq, muy malo, Annonciata.

—Qué quieres, Antonio? acaso tengo yo la culpa?... pero oi-go á papá que vuelve con Carlos; vamos á subir al Vesuvio; qué gusto! qué gusto!

—Al Vesuvio! repitió Antonio asustado; al Vesuvio! cuando está arrojando llamas!...

—Por eso mismo, porque entonces el Vesuvio es mucho mas bonito, y papá vá á pintarlo.

—Qué idea la del señor Colentino del Fiore, repuso Antonio; y tú vas tambien, Annonciata?

—Papá no queria llevarme, pero le he suplicado tanto que al fin ha consentido.

—Y si el Vesuvio te abrasa!

—Ay! es verdad; no habia pensado en ello; pero bah! con papá nada malo puede sucederme.

—Gracias por tu confianza, dijo el padre apareciendo de pronto; mas con quién hablabas?

- Con el gitanillo; no te acuerdas, papá?
- Teneis calderas que componer? preguntó Antonio.
- No, por hoy no tengo ninguna.
- Y mañana?

—Ni mañana ni nunca, déjame tranquilo.—Acabarás de venir, Carlos? añadió Colentino alzando la voz para que lo oyesen allá dentro.

—Ya voy, señor, ya voy, respondió una persona que no se veía; se me había olvidado moler la tierra de *Siena*.

Y al momento apareció un joven con un caballete al hombro, una caja enorme y un quitasol.

Estos tres personajes iban á ponerse en marcha, cuando Antonio, colocándose delante del padre de Annonciata, dijo en tono afligido:

—«Señor, dejad que componga vuestras calderas.»

Colentino no pudo menos de reirse, respondiendo:

—«No te he dicho que mis calderas no estan rotas?

—Yo os lo ruego, señor, porque si vuelvo á casa sin haber ganado un *grano*, me pegará mi amo.

—Si no es mas que un grano lo que necesitas, repuso Colentino, alivia las espaldas de Carlos, cargando con parte de su bagage, y te daré quince.

—Mereceis ser príncipe, respondió Antonio; y acercándose muy alegre al eriado del pintor, alargaba sus manitas y su espalda para recibir todo aquello de que quisiera aligerarse Carlos, cuando Annonciata exclamó.

—No le lleves, papá, porque tiene miedo al Vesuvio.

—Contigo no, repuso con viveza el zingaro.

—Qué tunante! dijo Annonciata riendo, pues no dice de mí lo que yo he dicho de papá?

—Acábase la conversacion, y pongámonos en camino, dijo el pintor. Pronto son las siete de la tarde, y es preciso que á las ocho nos halledmos en Resina, para estar antes que llegue la noche en la ermita, donde descansaremos hasta la cuatro de la madrugada.

—Marchemos, repitió Annonciata, cogiendo de la mano á su padre.

—Marchemos, repitió tambien Antonio, cargado del quitasol y la paleta, y siguiendo á Annonciata lo mas cerca que podia.

Pero apenas dieron unos pasos por la plaza del Mercado, se vieron asaltados y aturridos por todos los vendedores de macarones y de castañas cocidas, que les ofrecian sus mercancías, y por una masa de populacho medio desnudo, cubierto de harapos y que les pedia limosna.

—Papá, cómprame castañas, por si me da hambre en el camino, dijo Annonciata.

Y como el pintor se apresurase á hacer que le echasen una medida en un canastillo que llevaba al brazo, oyó con admiración á su hija decir:

—Otra, otra.

—Qué glotona estás esta tarde! la dijo.

—Es que esta tarde, respondió la chica dirigiendo una mirada de inteligencia al mas chico de sus compañeros, esta tarde somos dos.

—Qué buena eres, Annonciata! le dijo en voz baja.

—Ah! sí, soy buena, dijo Annonciata. Mira, Antonio, cuantas castañas; nos vamos á regalar de lo lindo.

El pálido rostro del gitanillo se inflamó al oír estas palabras.

Después de atravesar una infinidad de callejuelas sucias, llegaron al palacio del rey, la *Vicaria*.

Al pasar por delante de las altas y macizas paredes que forman todo el exterior del edificio, cuya fachada está adornada con cabezas de muerto colocadas en una especie de pucheros, así como de manos y brazos de condenados á muerte que han perecido en el cadalso, Annonciata no pudo librarse de un sentimiento de horror.

—«Por qué pasamos por aquí, papá? le dijo; ya sabes que tengo miedo á esas cabezas.

—Es nuestro camino, contestó el pintor.

La niña se acercó con temor á su padre, se tapó los ojos con la mano, y no consintió en quitársela hasta que la aseguraron que se hallaban lejos del palacio; efectivamente, cuando abrió los ojos conoció que habia pasado la puerta de Capua. La deliciosa bahía de Nápoles acabó de borrar las enfadosas impresiones de la *Vicaria*; y al ver á su izquierda, en el golfo de Gaeta, las encantadoras islas de Ischia y de Procida, á su derecha el promontorio de Puzola, y delante de ella el Vesuvio, el Vesuvio cuya cima estaba coronada por una masa de negro humo, y que hacia resonar los ecos de distancia en distancia con sus terribles y misteriosas detonaciones, exclamó con entusiasmo:

—Qué bonito, Dios mio! qué bonito!

—Oyes, Annonciata, que furioso está el Vesuvio? dijo en voz baja Antonio, caminando al lado de la chica.

—Furioso! sí, contestó Annonciata riendo; pero no hace daño.

—No obstante, mi amo me ha contado ahí arriba cosas que hielan á uno de espanto, respondió el gitanillo, cuyos ojos marcaban notable angustia.—Figúrate, Annonciata, que un día, ya hace mucho tiempo, el Vesuvio vomitó tantas llamas, humo y lava, que sepultó á todas las poblaciones de las cercanías.... á todas.... no te rías, Annonciata, que es verdad lo que digo.

—Todas? y Nápoles, Ischia, Procida y Pestum? si se las hubiese tragado las veríamos ahora?

—Pues sin embargo es verdad, dijo Antonio; y si no preguntásele á tu padre. Los cuatro paseantes entraban entonces en Resina, y el señor Colentino del Fiore, que habia escuchado sonriendo la conversacion de los chicos, respondió:

—El zingaro tiene razon, hija mía; pero despues han corrido muchos siglos; el Vesuvio vomitó una vez tantas cenizas que muchas poblaciones desaparecieron de la noche á la mañana; Pompeya y Herculano fueron de este número, y Resina, donde nos hallamos en este momento, Resina esta edificada sobre Herculano.

—Con que hay un pueblo aquí debajo? dijo Annonciata dando en el suelo con su pieccecito; hay un pueblo con casas, calles?...

—Aquí y allí, y mas allá, dijo Colentino indicando con el dedo muchas playas calcinadas por la lava del Vesuvio.

Permitidme que interrumpa un momento mi historia, amigos míos, y que deje el siglo catorce en que vivian las personas de que os voy hablando, para traerlos al nuestro.

No hace mucho tiempo se empezó á hacer escavaciones en las playas que enseñaba Colentino á los dos chicos, y ya han sido descubiertas dos ciudades subterráneas, la de Pompeya y la de Herculano; pero la última ha sido hallada en completa ruina, mientras que la primera ha aparecido como en los tiempos de su esplendor, con su foro, su anfiteatro, sus templos á Júpiter, á Isis, á Hércules y otros dioses, con sus altares de las victimas, y los lugares sagrados donde se ocultaban los sacerdotes para pronunciar sus oráculos y asustar al pueblo: todo existe, menos el pueblo, los sacerdotes y los habitantes; hoy se pasea la gente por sus calles empedradas con anchas losas, adornadas con fuentes y columnas, y donde se distingue, no sin conmoverse, las huellas de las ruedas de los carruajes que guiaban hombres que hace muchos siglos no existen. El viajero se detiene delante de los palacios de los grandes señores, cubiertos de pinturas al fresco y de mosaicos, donde en otro tiempo resonaba el rumor de las fiestas, y que hoy parecen consagrados al silencio; entra en cada habitacion, y vé la arena amontonada sobre los muebles y los utensilios, porque todo está intacto, todo lo ha conservado la lava, hasta los nombres de los propietarios trazados con letras encarnadas sobre las puertas de las casas; así es que se lee: *Diomedes, Paulo, Cayo Cayo y Cayo Salustio*; despues baños de mármol, todo lo mas bello que se puede ver, hasta los sepulcros que adornan el *Campo Santo*, porque tambien ellos han salido de su doble tumba de ceniza.

La corta poblacion de Resina, levantada, como ya os lo he dicho, sobre Herculano, ha sido sepultada muchas veces y reconstruida de nuevo. Los habitantes aman en tal manera á su patria, que no pueden resolverse á ir á establecerse en otra parte.

En 1372, época á que ya es tiempo de volver, aun no habian pensado los pueblos en ahondar las entrañas de la tierra; pero sin embargo, Colentino sabia y contaba á su hija de qué modo los habitantes de aquellas ciudades, hoy subterráneas, fueron sepultados una mañana debajo de una lluvia de cenizas calientes, que asfixiándolos les quitó toda esperanza de huida:

—Cuando yo te lo decia! observó Antonio á su compañera; y además, mi amo lo sabe todo, lo presente, lo pasado y lo porvenir. Es gitano, y esto basta!

—Lo pasado, lo creo, dijo Annonciata, esto nada tiene de particular; en cuanto á lo presente, no se necesita ser muy hábil para adivinar lo que se vé; pero por lo que hace á lo porvenir, Antonio, esto es lo mejor: yo quisiera saber lo que me sucederá hoy.

—Si fueras á consultarle, Annonciata, te diría lo de hoy, lo de mañana, lo de mas tarde, y lo de siempre, como hace con las señoras que van todos los dias á su casa.

—Le has consultado tú?

—Por supuesto.

—Y qué te ha dicho?

—Primero que soy un hijo extraviado, que encontró en el Abruzzo, cerca de Chieti.

—Y despues? dijo Annonciata.

—Despues me llevó á mi padre, que se llamaba Solario, que era viudo, pobre y calderero, y le preguntó si queria confiarme á él, para enseñarme tambien el oficio de calderero; mi padre aceptó, y murió un año despues. Desde entonces no he dejado á mi amo, y todos los años compongo las calderas de tu padre, y quisiera componerlas todos los dias.

—Todo eso te ha dicho? y qué mas?

—Me ha dicho que toda mi vida seré un mal calderero.

—Si no es mas que eso, dijo Annonciata, no te aflijas; bueno ó mal calderero, te prometo que tú serás siempre el que componga mis calderas.»

La noche habia ido avanzando, y Colentino del Fiore, que habia alquilado tres borricos, montó á su hija en uno de ellos, tomó para él otro, y dejó el último para su criado y el zingaro; luego el primer guia con una antorcha en la mano, porque ya no se veía, abriendo la marcha, comenzó á subir por un sendero estrecho, cortado en la montaña.

Cuando llegaron á la ermita, situada en medio de la cuesta, los viajeros hicieron alto en casa de un religioso, que les ofreció con cordialidad huevos, queso, jamon y una botella de buen vino. Despues de esta comida frugal, y dos horas de sueño concedidas á Annonciata para reparar sus fuerzas, debilitadas con la fatiga, Colentino llamó á su gente; y queriendo aprovechar el resto de

la noche para examinar cómodamente y á su sabor el cuadro gigantesco y sublime de una montaña ardiendo, dispuso se subiese hasta el cráter.

Serían las tres de la madrugada, y despues de subir algun tiempo con ayuda de los pollinos, que evitaban con particular destreza los pasos mas dificiles, llegaron los viajeros á la bajada del terraplen de la montaña; allí se vieron obligados á dejar las cavalgaduras, y continuar su marcha á pié; pero aunque suspendidos, por decirlo así, á una correa que el guia se habia atado al cuerpo, les costó sumo trabajo, y cada uno de los chicos subia en hombros de un guia.

Al cabo de dos horas de esta especie de ascension, Colentino y su pequeña comitiva, sentados en la cumbre de uno de los dos montes, en otro tiempo antiguos volcanes, y que hoy sirven de barrera y muralla protectora á las poblaciones situadas á sus pies, pudieron disfrutar el espectáculo mas sublime y espantoso.

De buena gana hubiera bajado Colentino al crater, y ya se arrepentia de haber llevado á los dos chicos, que no podian seguirle á un precipicio de quinientos pasos, y que no tiene menos de tres millas de circunferencia; pero temia exponerlos á una fatiga, sobrado fuerte para su edad, cuando Annonciata, adviniendo el deseo de su padre, le dijo:

—«Baja, papá, si quieres; yo me quedaré aquí con Antonio, y no me moveré de este sitio.

—Me lo prometes? le preguntó su padre.

—Sí, respondió con sencillez.

—Carlos, dijo entonces Colentino á su criado, prepara mi caballete, mi lienzo, mis pinceles y mis colores, á fin de que pueda ponerme á pintar al momento que empiece á rayar la aurora; y cuida á la niña con los dos guias que te dejo.»

En seguida recomendó á los guias su hija única, y comenzó á bajar. Los pies resbalan con increíble rapidez en esa tierra caliente y ahumada, así es que en menos de cinco minutos llegó el pintor al abrasado suelo, avanzando con precaucion por aquel empedrado de lava medio apagada. Semejante á un mar de fuego, el líquido hirviente serpenteaba en torno suyo, ya de color azul claro sobre un azul subido, ya de un verde amarillento; lo rodeaba saltando, y el calor era tan fuerte así como el olor á azufre tan violento cuando tuvo que atravesar uno de los torrentes inflamados, que no pudo permanecer allí mucho tiempo. Bien hubiera querido subir hasta el mismo terraplen; pero las piedras que el volcan arrojaba á elevadísima altura iban á caer tan cerca de él, que conoció el peligro que corria acercándose mas, y pensó en volverse.

Además, el sol no podia tardar en salir, y teniendo bien pronto que luchar contra el dia el terrible fenómeno, iba á debi-

litarse su espantoso brillo. Todas estas consideraciones decidieron á Colentino; mas la dificultad que tuvo en volver á subir fué en proporcion á la facilidad que habia tenido en bajar. Con todo, llegó á donde se hallaba su hija sin contratiempo alguno, y como todo estuviese preparado para pintar, y ya hubiese luz suficiente para emprender la tarea, comenzó su cuadro.

No lejos de él, hablaban los dos niños, y aunque al principio prestó á su charla la misma atencion que se presta al rumor de un arroyo que murmura á nuestro lado, á poco oyó algunas palabras, y sin pensar escuchó lo siguiente:

—En qué piensas, Antonio? preguntó la niña á su compañero que estaba sentado junto á ella, y la miraba con atencion.

—Estoy pensando en que eres la mas linda de todas las mu-chachas de Nápoles, respondió sin dejar de mirarla.

—Silencio, Antonio; no digas eso, pues papá no quiere que me digan que soy bonita; dice que los niños no son bonitos sino cuando son instruidos.

—Entonces tú serás muy instruida, Annonciata, porque eres muy bonita.

—Yo bien sé que estos son cuentos de papá, porque ayer conozco que hize mal, no quise estudiar mi leccion, y mi ama me dijo: «Jesus! qué fea eres!» y entonces me miré al espejo....

—Y eras fea? interrumpió Antonio vivamente.

—Ni por pienso, amigo mio, era tan bonita como hoy, y en esto he conocido que me dicen que soy fea para castigarme y....

—Pues entonces, añadió Antonio, puedes ser mala á tu antojo sin temer nada.

—Oh! no, Antonio, porque, mira tú, dice papá que le aflige mucho que yo sea mala, y á mi buen papaito, que me quiere tanto y á quien yo quiero tanto, no pienso darle que sentir.

—Dichosa tú que tienes un padre que te ame! dijo Antonio con voz triste; yo no lo tengo, ni madre tampoco, y así nadie me quiere.

—Pobre Antonio! exclamó Annonciata con cariño; pues bien! yo te querré, yo!... estarás contento?

—Sí, Annonciata; pero te veo tan pocas veces!

—Vas otra vez á Venecia?

—Creo que sí, porque mi amo habló ayer de esto á su mujer.

—Pero acaso se quede en Nápoles su mujer, y tú con ella.

—No, Annonciata, pues cuando se vá el marido le sigue su mujer.

—Tienes razon, dijo Annonciata; soy una tonta: las mujeres siguen siempre á sus maridos.

—Oh!, Annonciata! qué idea tan buena! saltó Antonio, dando palmadas: quieres casarte conmigo?

—Acuérdate de que no eres mas que un calderero.

—Y eso qué le hace?

—No olvides que yo soy noble.

—Y eso qué importa?

—Soy mas rica que tú.

—Lo mismo me dá! á pesar de todo eso me casaré contigo.

—Pero yo no me casaré contigo.

—Por qué causa?

—La causa, la causa, repitió Annonciata; la causa, amigo mio, es porque.... eres un calderero.

—Mira lo que la detiene! dijo Antonio admirado.

—Sí, respondió Annonciata, la hija del pintor Colentino del Fiore no puede ser esposa de un calderero.

—Pues mira, sábetelo que maldito el empeño que tengo en ejercer este oficio, te lo aseguro: si quieres que sea otra cosa no tienes mas que decírmelo; quieres que sea vendedor de macarrones ó de castañas cocidas?

—Yo no me casaré con un vendedor de macarrones ni de castañas.

—Pues habla, escoge; qué quieres que sea? quieres que sea papa, obispo ó arzobispo?

—Como si los sacerdotes se casasen....

—Es verdad! no habia caído en ello, respondió el zíngaro. Pues bien! quieres que sea.... qué?... veamos.... rey de Nápoles?

—No, porque los reyes no se casan mas que con princesas, y yo no soy princesa.

—Pues habla! ya te lo he dicho.... cuando te digo que seré lo que tú quieras.... Dios mio! no me comprendes?

—Escucha, dijo Annonciata, inclinándose con aire confidencial hacia el chico; me es igual que seas todo lo que quieras, con tal que no seas ni calderero, porque tendrás las manos tiznadas, ni vendedor de macarrones, porque atraparás un solazo ó un constipado; pero he oído decir á papá un día que es necesario que mi marido haya de ser pintor.

—Lo que él hace? dijo Antonio, señalando con el dedo á Colentino, que pintaba á la sazón.

—Sí, un pintor! repitió la niña.

—No es mal oficio, querida amiga; y puesto que tú quieres que sea pintor, lo seré; emborronaré, y....

—Mira que no es tan fácil como piensas, observó Annonciata.

—Mas difícil es ser calderero: mira, cuando se quiere pintar el cielo, se coge azul; se quiere hacer una mujer? se usa el color de carne; se quiere hacer árboles? ahí está el verde. Oh! no tengas miedo; puesto que tu padre quiere que no te cases sino con un pintor, yo lo seré, y no hay mas que hablar. Espérame.

—Te vas á hacer pintor ahora mismo? exclamó Annonciata.

—No, pero debemos enterar á tu padre de nuestros proyectos, respondió levantándose.

Y acercándose Antonio á Colentino, que no habia perdido una palabra de la conversacion, le dijo con gravedad cómica:

—«Monseñor Colentino, no es verdad que quereis que me case con vuestra hija?

—Cuando seas pintor, respondió Colentino.

—Se entiende, repuso Antonio, y mañana me marchó para conseguirlo. Os pido que aguardeis diez años, porque no consiste en ser pintor, sino en ser un gran pintor.

—Así es como yo lo entiendo, dijo Colentino sonriéndose de la ambicion del futuro artista.

—Convenido, dijo Antonio; dentro de diez años volveré á pedirlos á Annonciata por mujer.»

Y luego que acabó estas palabras, Antonio volvió á sentarse junto á su esposa futura.

Algunos instantes despues, habiendo acabado Colentino su tarea, dejó el caballete, y tomó con los dos chicos, su criado y su guia, el camino de la ermita, donde la caravana descansó un momento para almorzar; despues bajó la montaña examinando con sorpresa las cepas de viñedo que crecian sobre un suelo de lava, y sabiendo que de aquellas vides se saca el famoso vino de Lacryma-Christi, el mejor de toda la Italia.

A la mañana siguiente Antonio dejó á Nápoles y á su amo, diciendo á Annonciata:

—Adios, esposa; voy á hacerme pintor.

.....
.....
.....
Diez años despues una multitud de personajes de todas clases se agolpaba en una galería de la *Vicaria* hácia los aposentos de la reina, para admirar el retrato de esta princesa, hecho por un pintor desconocido.

Entre los curiosos se distinguia un hombre vestido de negro, grave y circunspecto, y que daba el brazo á una jóven hermosa y como de diez y ocho años; cuando se acercó la multitud se abrió para dejarlo pasar, y el nombre de Colentino del Fiore circuló de boca en boca: al oír este nombre, un jóven que iba á salir de la galería volvió atrás precipitadamente, y abriéndose paso, aunque con dificultad, hasta el pintor, se detuvo junto á él.

—Bien, muy bien, decia Colentino á los que le rodeaban, y que por deferencia á su talento escuchaban su juicio sin atreverse á pronunciar una palabra.—Hay movimiento y vida en este retrato; es lo mejor que he visto en este género hasta el día.

—Eso os parece? dijo en voz baja el jóven que al oír el nombre de Colentino habia vuelto atrás.

—Esta es mi opinion, dijo Colentino, y tengo curiosidad por conocer al artista que ha retratado á la reina.

—De veras le encontrais talento? preguntó el jóven respirando con dificultad.

—Mucho, joven, mucho, respondió el padre de Annonciata; un envidioso no podría menos de convenir en ello.

—Conozco al autor de este retrato, dijo el jóven tartamudeando: cuando era niño, una niña le dijo: «te amaré cuando seas pintor.»

Se detuvo, y Annonciata, que hasta entonces no habia dejado de mirar el retrato, fijó la vista en el jóven. Este prosiguió:

—«El niño era entonces un zingaro, un calderero....»

—Antonio! interrumpió Annonciata, tendiendo su mano al jóven.»

El iba á estrecharla entre las suyas; pero por un movimiento de reflexion dirigió sus miradas hácia el señor Colentino.

—«No he olvidado mi promesa, y la cumpliré, dijo el padre sonriendo.»

Y en efecto, algunos dias despues, Antonio Solario se casó con la hija de C. Colentino del Fiore, porque la amistad contrai-da entre dos niños habia formado un pintor ilustre.

La idea de vivir siempre con su amiguita, tan buena y tan alegre, le hizo dejar á su amo el calderero, como ya sabeis; desde entonces soñó con los pinceles y los cuadros, y habiendo oido hablar de un tal Lippo dal Masi, muy hábil en formar discipulos, se trasladó á Bolonia, donde este artista tenia una escuela de pintura. Al cabo de siete años de un trabajo continuo, dejó á su maestro, y recorrió la Italia, estudiando por do quiera las obras de los grandes pintores: cuando espiró el plazo de los diez años volvió á Nápoles, donde bajo un nombre supuesto se ofreció á la reina para hacer su retrato.

Ya sabeis el resultado: la singularidad de esta historia, y el mérito efectivo de Antonio Solario, mas conocido con el nombre del *zingaro*, contribuyeron á la par á darle celebridad.

Despues de su casamiento le encargaron los benedictinos de Nápoles la decoracion de la sala del noviciado en el monte de las Olivas; los dominicos le pidieron un descendimiento de la cruz para su capilla de Santo Tomás, y los canónigos de Letran le compraron un gran cuadro para el altar mayor de San Pedro *ad aram*. Solario se aprovechó de esta ocasion para colocar su retrato y el de su mujer en un grupo de santos que rodean á la Virgen; pero su obra mas bella es la que emprendió en San Severino de Nápoles, donde trazó al rededor del claustro la vida de San Benito; trabajo que no han podido borrar cuatro siglos de abandono.

Tambien se debe á Solario un trabajo de suma delicadeza y

precision, cuales son la iluminacion de las páginas de algunas biblias, y de un manuscrito de las tragedias de Séneca, que todavía se puede admirar en Nápoles, en los padres del Oratorio.

Solario murió en 1455, dejando muchos discípulos distinguidos.

Esta historia, amigos míos, os probará que con el trabajo y la buena conducta los niños pobres alcanzan gloria y fortuna.

INFANCIA DE M. DE CHATEAUBRIAND.

QUEREIS, niños míos, que os refiera los primeros años del autor de la Atala, de los Mártires, del Genio del Cristianismo? de M. de Chateaubriand, el escritor mas grande de su siglo? mucha razon teneis en interesaros así por esa gloria sin igual en el mundo.

M. Chateaubriand nació en Bretaña en el castillo de Combourg, propiedad de los señores de Chateaubriand, que despues de haber pertenecido á los Montmorency y los Condé, vino á parar á poder del padre de M. de Chateaubriand á mediados del siglo XVII. Este castillo de Combourg es de consiguiente un castillo histórico, describiéndolo así Mr. de Chateaubriand en un poema que leereis mas tarde:

«Llegué al castilló por la larga calle de pinos, atravesé á pié los patios desiertos, me detube á mirar las ventanas cerradas ó casi rotas, el cardo que crecía al pié de las murallas, las hojas que tapizaban el suelo amontonadas en el dintel de las puertas, y la solitaria escalera, donde tantas veces habia visto á mi padre y sus fieles criados. Los mármoles estaban ya cubiertos de musgo, el amarillo alhelí crecía entre las separadas y mal sostenidas piedras, y un hombre desconocido me abrió las puertas bruscamente....

»Por un momento me tapé los ojos con un pañuelo, y entré en la morada de mis ascendientes, recorriendo los sonoros aposentos, donde solo se oía el ruido de mis pasos. Las habitaciones apenas se hallaban alumbradas por una débil luz, que penetraba entre los cerrados postigos. Visité el cuarto en que mi madre dejó la vida, el gabinete de mi padre, la habitacion en que dormí en la cuna, y aquella, por último, en que la amistad habia recibido mis primeros votos en el seno de una hermana. Salí precipitadamente de aquellos sitios, y me alejé con premura sin atreverme á volver la cabeza. ¡Cuán dulces son, pero cuán rápidos, los instantes que los hermanos y las hermanas pasan al lado de sus ancianos padres!»

Aunque M. de Chateaubriand no hubiera escrito las memorias

de su juventud, las tendríamos en ese libro escrito con los recuerdos de sus primeros quince años.

«Mis inclinaciones eran impetuosas y violento mi carácter, al propio tiempo que desigual: á la vez revoltoso y alegre, silencioso y triste, reunía en mi derredor á mis jóvenes compañeros, y de repente los abandonaba para contemplar las fugitivas nubes, ú oír la lluvia que caía sobre los árboles.»

Lo que el autor dice apenas en *René*, pero lo que dice bien en sus memorias, es el respeto mezclado de terror que le inspiraba su padre. Era este de alta estatura, de rostro sombrío y severo, y que imponía: su paso era grave, su voz solemne, y sus ojos despedían lumbre. Durante el día, el joven Francisco de Chateaubriand queria mejor que pasar por delante de su padre dar un gran rodeo; y cuando llegaba la noche, en aquel palacio desierto, *situado en medio de los bosques, en una comarca lejana*, se reunía en un vasto salon toda la familia, acurrucados la madre y los hijos junto á la chimenea, y envuelto el padre en su capa, paseándose de un lado á otro sin decir una sola palabra.

Cuando daban las once, el anciano señor subía á su cuarto; la familia prestaba el oído, y se le oía subir: su pié hacia gemir las viejas vigas; pero al fin todo callaba, y entonces la madre, el hijo y la hermana lanzaban un grito de alegría: los dos niños se entregaban á mil juegos alegres, ó bien, lo cual era aun mas divertido, se contaban historias de aparecidos, entre las cuales hay una que M. de Chateaubriand cuenta en sus Memorias, y que algun dia será citada como modelo de narracion.

Hé aquí algunos fragmentos de esta historietta; hé aquí el pálido esqueleto del aparecido de Chateaubriand.

«A eso de la media noche un monje anciano oye llamar á la puerta de su celda. Una voz dolorida le llama, y el monje se apresura á abrir. Al fin se levanta y abre; es un peregrino que pide hospitalidad. El monje da una cama al peregrino, y se acuesta en la suya; pero apenas se habia dormido, cuando despierta de repente, y ve al peregrino al pié de su lecho haciéndole señas de que le siga. Salen juntos: se abre la puerta de la iglesia, y vuelve á cerrarse tras ellos. El sacerdote celebraba en el altar los santos misterios. Llegados al pié del altar, el peregrino se quita su capucha, y enseña al monje una cabeza de muerto. «Tú me has dado un sitio á tu lado, dijo el peregrino; á mi vez te doy un lugar sobre mi lecho de cenizas!»

Ya conocereis qué sustos tan sabrosos pasarían, y cómo al oír estos cuentos la hermana se abrazaba al hermano, y el hermano se pegaba á la hermana! Nada es tan interesante como las páginas de M. de Chateaubriand acerca de esa bella, inteligente y tierna hermana Lucila! Toda su infancia la pasó á su lado,

y el uno y el otro tuvieron los mismos pesares, los mismos placeres y los mismos terrores.

«Tímido y cohibido en presencia de mi padre, no me hallaba satisfecho y contento sino al lado de mi hermana. Una dulce conformidad de costumbres y gustos nos unía estrechamente, aunque era de alguna mas edad que yo. Nos divertíamos en subir juntos á los collados, y en recorrer los bosques á la caída de las hojas, paseos cuyo recuerdo todavía llena de delicias mi alma. O ilusiones de la infancia y de la patria, que jamás perdeis vuestro encanto!

«Ora marchábamos en silencio, prestando el oído al rumor del otoño y al ruido de las hojas secas, que arrastrábamos tristemente á nuestro paso; ora en nuestros inocentes juegos perseguíamos en el prado á la golondrina y al arco iris sobre las mojadas colinas; algunas veces también murmurábamos versos, que nos inspiraba el espectáculo de la naturaleza.

«Los dos teníamos en el corazón un fondo de tristeza, y esto lo debíamos á Dios ó á nuestra madre!»

Ya veis lo que era el niño; segun él podeis juzgar al estudiante. Un jóven pensativo, un poeta; estudiando con ardor y á sus horas, fastidiado del colegio, y en el colegio lo mismo que en la casa paterna, refugiándose á la amistad, que le hacia menos largas las horas. El jóven Francisco de Chateaubriand fué educado en el colegio de Rennes; allí estudió, en cuanto podia estudiar, la aritmética de Bezout, y como contrapeso á M. Bezout, descubrió á Horacio, el Horacio *expurgatus* y las *Confesiones de San Agustín*, dos nuevos amigos de colegio.

El colegio de Rennes no deja otros recuerdos á Chateaubriand. Todos sus camaradas han muerto ó casi todos. Ved aquí entre las aventuras que cuenta la mas alegre:

«Estaba expresamente prohibido á los colegiales tocar á los nidos de pájaros. Paseando un día los alegres condiscípulos descubrieron un nido de urraca en la copa de un árbol corpulento: la madre velaba su nidada, y ¿cómo llegar al nido tan defendido y tan deseado? Los niños se mostraban el nido con la mirada y el gesto.

—Quién subirá allá arriba el primero? Eres tú, Luis? Eres tú, Víctor? Eres tú, Francisco?

—Yo lo seré, dijo Francisco viendo que los demás dudaban; yo lo seré.

Y sin detenerse comenzó á trepar. Trepa; se ase á las ramas; sube, sube, sube mas, y ya no se le vé subir: oye que lo aplauden desde abajo y continua subiendo, cuando oyó gritar de repente á sus condiscípulos:

—El maestro! el maestro!

Y en efecto el maestro aparecia á lo lejos, y tomaron vuelo

como la urraca, quedándose Francisco solo allá en lo alto, á caballo sobre su árbol. Uno solo de sus condiscípulos habia permanecido al pié del árbol, y le decia: «ponte en salvo, Francisco! déjate correr por el árbol, Francisco! cójelo con pies y brazos, Francisco, y déjate venir!»

Así lo hizo Francisco. Tomó el árbol entre sus dos manos, y se dejó correr hácia abajo por la áspera corteza: así llegó á tierra, algun tanto magullado, es verdad, pero ¿qué importa? nada ha visto el maestro. Toma, pues, carrera, y se reúne á sus camaradas; el maestro le vé venir y le mira. El maestro, breton muy terco, declara á Francisco de Chateaubriand que le dará azotes. Entran en el colegio, y ya podeis pensar si entran tristemente.

Apenas está de vuelta, el maestro llama á Francisco de Chateaubriand á su cuarto para que sufra el castigo, y entonces Francisco con el corazon oprimido y los ojos llenos de lágrimas junta las manos, y ruega y suplica que se le exima de esta ignominia. Pide otro castigo: la prision, el pan seco, ó aprender de memoria doscientos versos de Horacio. Vanos esfuerzos! el maestro lo ha dicho, Francisco recibirá azotes! Al mismo tiempo el maestro se acercaba para dar azotes á Francisco; pero este, viendo la inutilidad de sus ruegos, toma al momento un partido como caballero que era; se pega contra la pared, y cuando su verdugo se aproxima se defiende á puntapiés y á puñetazos; muerde, grita, araña, huye, se oculta debajo de la cama, se hace fuerte detrás de los muebles, y un leoncillo no se hubiera portado mejor. Al fin, cansado de guerra cede el maestro, y el chico alcanza la victoria con mas garbo y mas castamente, que el pequeño Juan Jacobo Rousseau en una ocasion semejante.

Despues de diez meses empleados en estos estudios y estos paseos, á la vez pensativo y colérico, violento y sufrido, estudiando á sus horas, pero estudiando solo, meditando ya, y ya modulando esa frase sabia y cadenciosa que tal vez es mejor que poesía, poesía que ya se albergaba en su alma, y que mas tarde ha encontrado el primero, el único, con gran admiracion de toda la Francia, volvía á pasar las vacaciones en Combourg. Volvía á ver el viejo castillo que azotaba el mar, abrazaba á su madre, se ponía á temblar delante de su padre, hablaba con su tierna hermana, y trabajaba con ella: aquellos dos niños aplicaban el oido al rumor confuso de los bosques y el mar. Luego repentinamente no se le envió al colegio sino al regimiento, porque si la víspera era estudiante, al dia siguiente fué soldado, soldado hecho y derecho que iba al ejercicio. Uno! dos!—Armas al hombre! errrr....! presenten! errrr....! Cuando supo su oficio, marchar al paso, ir, venir, limpiar su fusil, blanquear sus correas, y dar lustre á su cartuchera, ascendió. Le hicieron cabo, despues sargento, y al fin subteniente! Entonces le tocó enseñar á otros,

y les enseñó todo lo que había aprendido.—Uno! dos!—Uno! dos! Vuelta á la derecha! vuelta á la izquierda! Avancen! marchen! fijo! por la derecha! por la izquierda! armas al hombro! errrr....! al brazo! Todo esto sucedia en Dieppe, donde se hallaba de guarnicion; las playas del mar le servian de campo de batalla, y así se convirtió, como decia su coronel, en *un oficial completo*.

Terminada aquella nueva educacion del jóven Chateaubriand, lo que sucedió muy pronto, su padre le envió á París á buscar fortuna. Pero, como dice M. de Chateaubriand, *dejemos hablar á sus memorias*.

»Solo tres veces he vuelto á ver á Combourg: á la muerte de mi padre se reunió toda la familia en el castillo para decirse á Dios. Dos años mas tarde acompañé á mi madre á Combourg; queria amueblar el viejo castillo, porque mi hermano debia conducir a él á mi cuñada: sin embargo, mi hermano no vino á Bretaña, y pronto subió al cadalso con su jóven esposa para quien habia preparado mi madre el lecho nupcial; tomé en fin el camino de Combourg al llegar al puerto, cuando me decidí á pasar á América.

»Despues de diez y seis años de ausencia, dispuesto á dejar el suelo natal por las ruinas de Grecia, fui á abrazar en medio de las landes de mi pobre Bretaña lo que me restaba de mi familia; pero no tuve el valor de emprender la peregrinacion de los campos paternos. En los matorrales de Combourg es donde yo me he hecho lo poco que soy, allí es donde he visto reunirse y dispersarse á mi familia. De diez hijos que hemos sido, solo quedamos cuatro. Mi madre ha muerto de dolor, y las cenizas de mi padre han sido arrojadas al viento.

»Si mis obras me *sobreviven*, si debo dejar un nombre, tal vez algun dia, guiado por mis Memorias, el viajero se detendrá un momento en los lugares que he descrito. Bien podrá reconocer el castillo; pero en vano buscará la gran calle de árboles ó el gran bosque, porque ha sido derribado; la cuna de mis sueños ha desaparecido ni mas ni menos que mis sueños. Solo y en pié sobre su roca el antiguo torreón, como que echa de menos las encinas que le cercaban protegiéndole contra las tempestades. Aislado como él, he visto, como él, caer en torno mio la familia que embellecia mis dias y me daba su abrigo; gracias al cielo mi vida no está edificada sobre la tierra con tanta solidez como las torres en que pasé mi juventud!»

Hasta aquí llega la primera parte de esta admirable biografía; pero tranquilizaos, queridos niños, porque M. de Chateaubriand no es uno de esos hombres de quienes solo se cuenta la infancia. Volveréis á hallarlo mas tarde viajero, historiador, hombre de Estado, embajador, y siempre mas fuerte que el destino, mas grande que las grandezas.